

GANDOLFO, Elvio y SOSA, Gabriel, *El doble Berni*, Buenos Aires, Negro Absoluto, 2008, 182 págs, ISBN 978-987-24261-1-8.

AGUIRRE, Osvaldo, *Los indeseables*, Buenos Aires, Negro Absoluto, 2008, 208 págs, ISBN 978-987-24261-0-1.

Mónica Billoni
 Universidad Nacional de Rosario
 Universidad Nacional del Litoral



La vitalidad de un género...

Hace ya muchos años que la novela policial abandonó el oscuro lugar de pariente pobre de la literatura para ser centro de atención de la crítica y de los lectores. Quizá haya contribuido a su prestigio la equiparación - hoy ya tópica- de la escritura filosófica con la del policial y de la avidez señalada de quien lee el *Discurso del método* con la de quien avanza páginas sin tregua para encontrar la recompensa final de saber quién es el asesino.

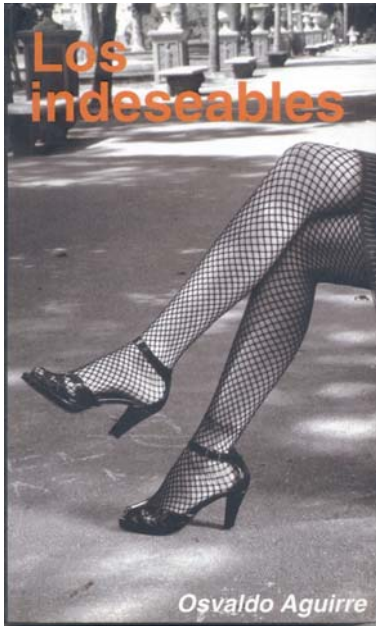
También es desde hace tiempo conocida la subclasificación entre policiales de estructura deductiva -con más de habilidades intelectuales del detective que acción por parte de los protagonistas y el policial negro -con detectives desprolijos, acción vertiginosa y violencia explícita como síntoma de enfermedad social. Si los ingleses, ya clásicos como Conan Doyle y Agatha Christie, son los autores ejemplares del primer caso, Hammet, Chandler y una pléyade de escritores estadounidenses constituyen el escalón más alto

como paradigma del relato *noire*, convertido casi en mitología por el público francés y de occidente en general.

El cine, ya se adivinará, no ha sido ajeno a esta dignificación de lo *noire*, sea con los arquetipos norteamericanos llevados a la pantalla por Hollywood -Sam Spade, Marlowe, Lew Archer- como por sus equivalentes europeos, especialmente franceses de los 60's y 70's. Inolvidables halcones malteses, largos adioses, blancos móviles, ascensores para el cadalso, borsalinos, para despertar el recuerdo con pequeños botones de muestra.

Pero lo más interesante, desde nuestro punto de vista además, es la inagotable fecundidad del policial, y especialmente del policial negro, para reinventarse sin cesar a sí mismo. Casi todas las literaturas occidentales han dado algún o varios buenos escritores de policiales (hay quien me corregiría: buenos escritores sin más) en las últimas tres décadas. Que han renovado el género con el aporte original de escenarios geográficos y sobre todo culturales diferentes con la incorporación, a la larga lista de los conocidos, de detectives nuevos y entrañables y con el añadido de personajes originalísimos que, a veces, se roban la novela y se devoran al detective- personaje central. Pensemos en los actualísimos Montalbano y sus pintorescos ayudantes de la policía pueblerina siciliana de Andrea Camilleri (que homenajea al Pepe Carvalho de los 70's a los 90's del catalán Vázquez Montalbán), Wallender en la tan desarrollada como sombría Suecia de la globalización de Mankell, Kinsey Millhone, mujer ella, de la norteamericana autora del alfabeto del crimen Sue Grafton, en el inspector de Scotland

Yard y poeta Dalglish de la británica P.D. James y, para no estirar la lista demasiado, en los curiosísimos personajes de la francesa Fred Vargas y en los oscuros y retorsos del gran escritor irlandés John Banville que firma sus dos novelas policiales con el seudónimo de Benjamin Black, como no podía ser de otra manera.



Acciones y deducciones de estos personajes son apetecidas por lectores voraces de todo el mundo y, en lo que nos concierne, debemos ser legión los que los seguimos en castellano a juzgar por la casi simultaneidad de las traducciones en nuestra lengua con la aparición de los originales en sus tierras de origen. El sueco Stieg Larsson con su trilogía *Millenium* y su inesperada muerte se está constituyendo en un suceso editorial en todas partes en simultáneo y Argentina no es la excepción.

Por lo demás, nuestro país no sólo no es ajeno a este auge contemporáneo sino que el gusto por el policial aquí no hace más que continuar una tradición que hunde sus raíces nada menos que en Borges y Bioy y su inolvidable *Bustos Domecq* y la colección del Séptimo Círculo últimamente relanzada. También en aquella bellamente diseñada de los años '70 con sus tapas negras, sus títulos fosforescentes y su formato cuadrado que leíamos con mayor avidez a medida que se nos venían encima tiempos más y más sombríos.

Uno de los más conocidos cultores del policial negro, tanto como lector cuanto como autor, Juan Sasturain, ha emprendido recientemente (a fines del 2008) la dirección de una nueva editorial que se ha lanzado al mercado en español con cuatro títulos de escritores de estas latitudes. El nombre de la editorial no podría ser más sugerente: **Negro Absoluto**. Sus cuatro novelas inaugurales son: *El doble Berni*, de Elvio Gandolfo y Gabriel Sosa, *Los indeseables* de Osvaldo Aguirre, *Santería* de Leonardo Oyola y *El síndrome de Rasputín* de Ricardo Romero. Aunque sólo hemos leído y tenido en nuestras manos las dos primeras, tenemos entendido que las cuatro llevan un prólogo- presentación- reseña crítica de Sasturain que se repite, abreviado en la contratapa. Ignoramos cuál ha sido el éxito de ventas hasta la fecha y si continúa y con qué títulos y autores el plan de publicaciones. Es de esperar que lo haga dado el comienzo más que auspicioso del emprendimiento.

El doble Berni presenta dos puntos de atracción iniciales: en primer lugar, el hecho de que esté escrita a dos manos y en segundo lugar, la alusión a un pintor tan caro a los argentinos y a los rosarinos, en particular. En cuanto a lo primero, ya resulta raro ya en una novela cualquiera la coautoría, más aún en un policial. Lo cierto es que la asociación del rosarino Gandolfo con el uruguayo Sosa funciona con toda eficacia.

El relato carece de la figura típica del detective y su protagonista central, Jorge Lucantis, está lejos de encarnarlo. En este sentido, Lucantis no es ni un héroe ni un antihéroe, sino un tipo común, un tanto desarraigado y con actitudes un tanto extrañas a la hora de ganarse la vida, pero parecido a alguien que podríamos conocer. Más extraños sí, son los otros personajes, ninguno puesto al azar ni para cumplir funciones decorativas, sino todos importantes para la trama, como señala Sasturain en el prólogo. La novela es corta y atrapante, por lo tanto es ideal para ser leída de un tirón. Cuenta con el adicional de que muchas veces la realidad copia al arte y ésta es una de ellas: un buen número de obras de Berni fueron robadas a su hijo y, precisamente, por estos días se realiza en Buenos Aires una muestra que fotografía la colección del hijo del pintor y deja el lugar vacío de las obras robadas. En el caso de *El doble Berni* no se trata de un robo sino de algo así como una falsificación pero la conexión con la crónica policial ya está hecha.

A una ficción ya de por sí imaginativa y original, a un estilo despojado y realista en la reproducción del lenguaje -con la excepción de la elección de los nombres propios, deliberada y rebuscadamente sonoros- se suma un elemento de particular interés para el lector local: el sintético aunque preciso registro de las transformaciones recientes del escenario urbano de la ciudad de Rosario. Como el relato transcurre en gran medida en los viajes que el protagonista

realiza entre Rosario y Buenos Aires, cada entrada a la ciudad o cada desplazamiento a sus barrios o lugares públicos es motivo de una descripción y de una observación tan mordaz como acertada. Un párrafo bastará como ejemplo:

“Ya con el negocio instalado, se le pasaría un poco el delirio eufórico, y se daría cuenta que de hecho lo mismo que lo molestaba un poco en su propio barrio de Buenos Aires estaba desarrollándose en Rosario. El pasado parecía condenado a desaparecer a cambio ese futuro de aspecto refulgente pero que en una segunda mirada no se mostraba tan sólido, revelaba el oropel, la lata, cierta recóndita mezquindad. Por suerte bastaba rascar un poco, es decir, salir de los lugares donde ese proceso parecía tan indetenible como un cáncer en plena metástasis, para encontrar rincones, interiores y hasta cuadras enteras, donde el tiempo, como siempre, tenía una continuidad indestructible. Como el Pasaje Pam, por ejemplo, que por inversión y paradoja resultó el anzuelo perfecto para él”.

En cuanto al trasfondo social de la trama, una podría afirmar que no hay tal, por lo menos no como trasfondo. La situación social de la trama no está descrita como escenario de los hechos sino que se desprende de la acción misma de los personajes que actúan, hablan, se llaman, viven en, sienten de modo tal que, con suma austeridad de recursos literarios, quedan perfectamente pintadas las relaciones sociales en simultaneidad con la caracterización de las emociones y la interacción de los protagonistas.

Lo opuesto ocurre con la otra novela de **Negro Absoluto**, *Los indeseables*. Su autor, Osvaldo Aguirre, aprovechando los resultados de su labor como periodista de investigación e historiador, pone un cuidado excesivo en la descripción del ambiente histórico social que servirá de escenario a su relato. La Buenos Aires de fines de los años veinte, o mejor, los ambientes prostibulario, periodístico y policial de Buenos Aires en vísperas del golpe del 30, ocupan una gran parte de las también escasas páginas de esta novela que recorre la senda del policial retro. La presencia constante -y muy lograda, por cierto- de la reconstrucción histórica conspira contra el sostén de la acción y el desarrollo argumental. La historia no logra del todo envolver al lector aunque interesa y divierte.

Habrá que seguir con atención las publicaciones de esta nueva editorial argentina que constituye en sí mismo un hecho a celebrar. Los amantes de lo “negro”, como del relato de ficción en general, encontrarán con seguridad la calidad de la buena literatura.

Palabras clave: novela policial, negro, crimen

Keywords: detective novel, black, crime